

INTRODUCCIÓN

José Antonio fue comparado muchas veces con figuras de la historia y de la literatura españolas. Con el Cid lo hicieron Agustín de Foxá y Rafael García Serrano (Foxá, 48). Con Gracián lo comparó Juan Beneyto (26-27). El coronel Antonio Almagro Díaz, aquel que consideraba a España “la levadura y sal de la historia del mundo” (Almagro Díaz, *Constantes de lo español*, 198), lo hacía con Viriato, Trajano y Cortés. Fernández Cuesta lo parangonó con Sigfrido, Garcilaso y Amadís de Gaula, los tres en uno.¹ También lo hicieron con Amadís Eugenio Montes y Samuel Ros. Sin lugar a dudas el más asombroso cotejo entre Amadís y José Antonio procedió de una de las novelas de Ángel María Pascual.² En esta el caballero andante, prototipo de España, transmigra en diferentes personajes de su historia, en el trentino padre Láinez, en Juan de Austria, en El Greco... Don Quijote es una de sus últimas encarnaciones, origen del declive de España, epílogo de un esplendor paulatinamente deslustrado. Al final agoniza Alonso Quijano en su cama, rodeado de amigos y confesado en su ‘buen morir’, no sin abominar antes de los libros de caballerías y dictar testamento. Y he aquí la sorpresa, el vuelco no tan inesperado, pues ese testamento de Amadís coincide, palabra por palabra, con el otorgado por José Antonio desde la cárcel de Alicante. Acabada la guerra, sus apologistas emergen unánimes: España en José Antonio recupera el pulso perdido, y su vida y muerte se subliman en el traslado de su cadáver, de Alicante al Valle de los Caídos.

Las comparaciones con don Quijote también fueron socorridas y abundantes, por mucho que cierto falangismo heredara la percepción, como se

¹ Fernández-Cuesta, 147 y 150. Vídeo del ministro Fernández Cuesta comparando a José Antonio con Amadís en <https://www.youtube.com/watch?v=AqwNGkmvFMc>.

² También el padre Félix G. Olmedo.



Entierro de José Antonio Primo de Rivera en el Valle de los Caídos, Pinterest, <https://www.pinterest.es/pin/491314640594939314/>.



Foto del periódico *El Español*, https://www.elspanol.com/espana/politica/20180629/antonio-psoe-no-primo-rivera-valle-caidos/318718505_0.html.

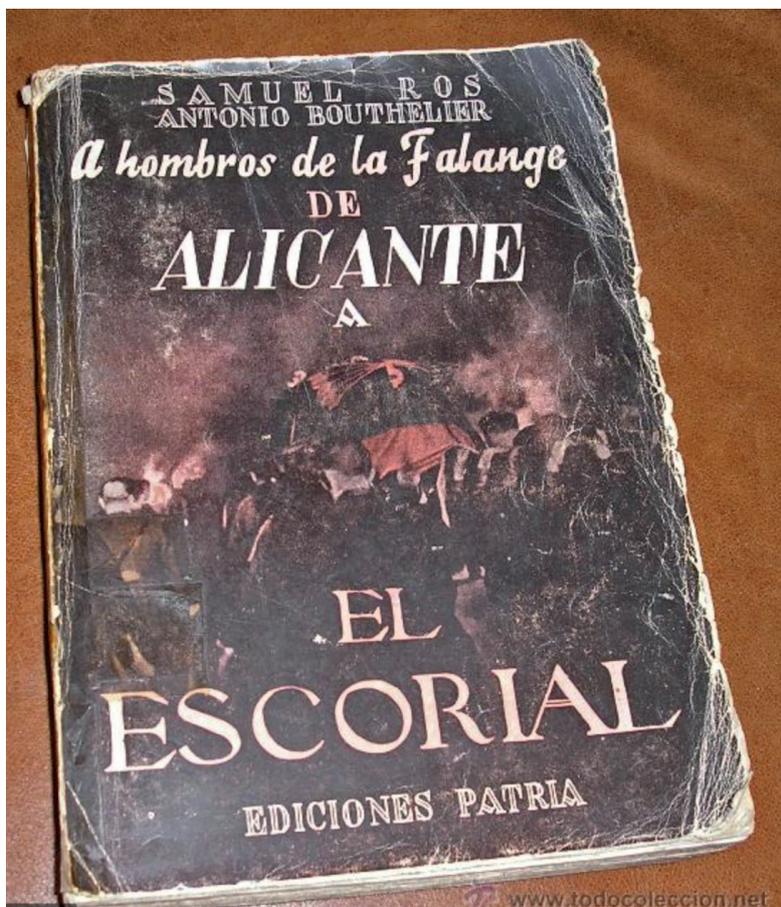
ha visto en Ángel María Pascual, de un don Quijote degradado a emblema de la decadencia. Aun así, seguía invistiendo la españolidad pura y dura por encima de cualquier acrimonia. Samuel Ros defendía que la cárcel era común desventura para Cervantes y José Antonio, y en conmovida añoranza, recuerda el escritor falangista una anécdota de hiperbólico relato:

Él glosó más de una vez unas palabras que yo le dije al recordar una expresión de Nietzsche [*sic*] sobre España. Recordaba el pensador alemán aquella escena en que don Quijote entró en el castillo de los duques y parecían confederarse todas las envidias, todos los resentimientos, para mantenerle. Manteado él también en la vida española por la furia de las izquierdas y la sonrisa lejana de algunas derechas, ascendía, como don Quijote en el castillo de los duques, hasta esa estrella lejana que le estaba predestinada. Supo de molinos de viento, supo de bacías de barbero, pero supo poner como el caballero andante, en todo, un ideal. Y ese ideal mueve hoy con un viento de victoria las aspas de este molino que es España, bien clavado en nuestra tierra y bien aireado por todos los nuevos ideales (Ros, 18).

El 19 de noviembre de 1939 el diario *ABC* dedicaba toda la portada a la exhumación de los restos de José Antonio: “En las cumbres alicantinas arderán esta noche los pinos resinosos que alumbrarán la vela del cadáver del glorioso mártir”. Diez días antes había acordado la Junta Política trasladar a hombros sus restos desde el cementerio de Alicante a la basílica de El Escorial. Por el pleno de la Junta Política fueron delegados para ordenar y llevar a efecto este acuerdo Miguel Primo de Rivera, Dionisio Ridruejo y José Finat, conde de Mayalde. El pueblo de La Mota, una de las paradas del camino, evocó los pasos que por allí diera José Antonio:

En esta casa entró; habló allí, saludó allá [...]. Tras una breve detención en la Iglesia de Mota del Cuervo, otra vez carretera adelante a hombros de la Falange de Cuenca, en demanda ahora de las tierras toledanas. En la venta de Don Quijote, donde Alonso Quijano velara las armas, entre Mota del Cuervo y Quintanar de la Orden, relevó la Falange de Ciudad Real a la Falange de Cuenca. Junto al relevo, un indicador de carretera marca “A El Toboso”. Una gesta española pasaba ante otra. Don Quijote y José Antonio se saludaban allá arriba, junto a alguno de los luceros que parpadeaban de emoción (Ros y Bouthelie, 39).

El traslado del cadáver debió de ser una de las primeras manifestaciones de la teatralidad de la victoria, toda una escenografía de dolorido y exaltado amor al fundador de Falange. Las orillas de los caminos recibían visitas de las vecinas aldeas, pueblos y ciudades. Y a su paso las iglesias sacaban sus santos, sus patronas, gallardetes sagrados y cirios pascuales en compañía de oración, llanto y redoble de marcialidad. Curas, plañideras, militares y falangistas. Un cuadro del medievo en mitad de una meseta árida y fría.³



³ Vídeo del traslado del cadáver de José Antonio en http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=QlZYI0pMH6c.

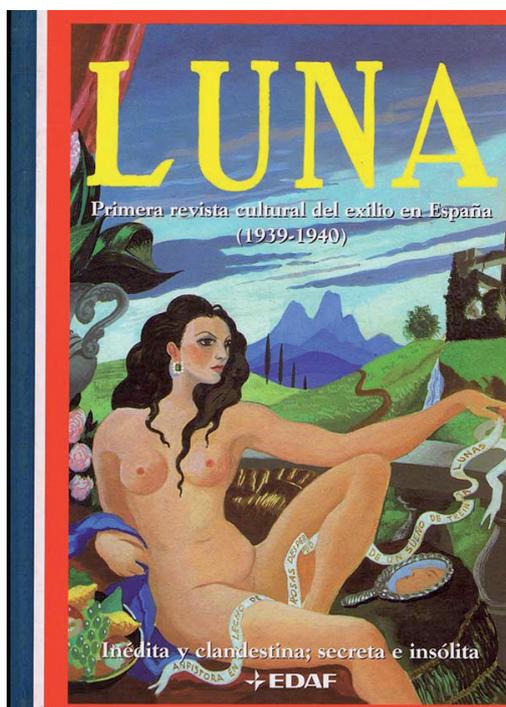
Samuel Ros, uno de los autores de la crónica del traslado, estuvo asilado en la embajada de Chile en 1937. Allí coincidió con Sánchez Mazas y allí vivió lo que dos años después contará en un evocador libro, *La embajada de Chile en Madrid*.⁴ Curiosamente, al acabar la guerra, Santiago Ontañón y otros republicanos solicitaron asilo a la misma embajada. Es asunto bastante bien conocido, pero hasta hace unos años la experiencia de estos españoles, exiliados en su mismo país, era solo un recuerdo de los testigos y allegados de este buen número de fugitivos de la realidad.⁵ Queda, también, como la dramática y perdida oportunidad de Miguel Hernández de salvar su vida. Uno de esos refugiados era Santiago Ontañón, polivalente como pocos, pintor, escenógrafo, cineasta, ilustrador y escritor. “Buenísimo escritor de lo que llamábamos *teatro de urgencia*”, decía Alberti en una entrañable evocación de amistad y camaradería.⁶ Nunca ha recibido Ontañón el reconocimiento que se le debe como fundamental activista cultural de su época. Aún hoy, a pesar de todos los intentos por devolverle el rango que el silencio del exilio le expropió, Ontañón es un mero nombre entre todos los satélites que orbitan alrededor de las preces del 27. De aquellos diecisiete refugiados, ocho decidieron, bajo el nombre de “Noctambulandia”, crear un consejo de redacción para llevar a cabo una revista político-cultural. *Luna* fue su nombre, sin artículo, escueto y portentoso ejemplo de lo que significa la búsqueda de salidas de urgencia, el hacer frente al miedo y a la desesperación. Alberti, para quien adaptó Ontañón su *Numancia* durante la defensa de Madrid, le recordaba que aquella vida tan peligrosa podía igualmente ser “el paraíso a la sombra de las espadas”, como reza el título de la novela de Henry de Montherlant. *Luna* es la primera

⁴ También en la embajada de Chile Sánchez Mazas escribe su novela *Rosa Krüger*.

⁵ En 1944, en México, el periódico dirigido por el español Fernando Vázquez Ocaña, *República Española*, recoge la declaración de Churchill de que España es el único país neutral que no ha respondido “a la nota de las Naciones Aliadas sugiriendo que no se diera asilo a los criminales de la Segunda Guerra Mundial”. Es cierto que apenas terminada la guerra, Franco se apresuró a asaltar la embajada de Chile donde se habían refugiado algunos españoles que creyeron que la justicia era igual para todos. Este hecho, característico del desprecio falangista a las normas del derecho, no impedirá que los pronazis consejeros de Franco encuentren argumentos que oponer a la petición de las democracias. *República Española*, México, 10-11, 15 de octubre (1944): 4.

⁶ Rafael Alberti, “Prólogo”.

revista cultural en las entrañas de la España vencedora. Aquella denominada “Noctambulandia” la formaron P. de la Fuente, en labores de director; Ontañón, dibujante, diseñador y redactor; A. Aparicio, encargado de la sección de poesía; E. Barbero, de las reseñas teatrales, y A. de Lezama, José Campos y los hermanos Romeo quedaron al cuidado de otras y diversas secciones. Bajo la pátina de la cultura, el tono agónico por la derrota y el acoso aflora en muchas de sus páginas. En otras, la venganza imaginada, a través de un cauce literario, sirve de válvula política de un escape angustioso y nocturno. La noche del 10 al 11 de noviembre de 1939 se elabora el número 3 de la revista. En él Santiago Ontañón firma un cuento llamado “Nueva salida de don Quijote”.



Luna, primera revista cultural del exilio en España, 1939-1949.

En esta recreación, don Quijote de nuevo emprende camino en compañía de Sancho. Una noche ven venir hacia ellos una gran multitud de lum-

bres y teas. Pronto confirman que se trata de encamisados que transportan en litera el cadáver de un hombre muerto. Sancho dentellea despavorido y don Quijote enristra su lanzón y pregunta de dónde vienen, adónde van, a quién llevan en las andas. Sospecha el caballero que o han hecho o han sufrido algún desaguizado. Los encamisados se niegan a dar esta información, y don Quijote enfurecido los arremete. Huyen a pesar de ir armados (133). Se acerca don Quijote a uno de los caídos y, poniéndole el lanzón en la cara le exige la respuesta a sus demandas. Y contesta el enlutado:

Vengo de la ciudad de Alicante acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Alicante, donde fue fusilado, y ahora, como digo, llevamos sus huesos a su sepultura, que está en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial [...]. Ese cuerpo muerto perteneció al mejor capitán de las Españas, al Fundador Supremo, al mayor Caído, a José Antonio Primo de Rivera [...]. En cuanto a sus matadores, que no fue uno solo, la sentencia fue pronunciada por un gobierno de frente popular y la causa, el ser alentador y principal soporte de la Revolución nacional sindicalista, el alma del Movimiento Salvador (134).

La reacción de don Quijote no tiene desperdicio. Dice que no tolera otro que no sea Gonzalo de Córdoba quien lleve el título de mejor capitán de las Españas. También le advierte que no conoce otro Fundador Supremo que aquel que está en los Cielos. No ha de olvidarse que era denominación frecuente para José Antonio. Manuel Siurot, por ejemplo, le llamaba “Fundador egregio” (Siurot, 3). Don Quijote le solicita al enlutado caído le refiera sus hechos de armas a modo de credencial y prueba de que es merecedor de tal nombre. El encamisado le responde que su mayor hazaña fue su muerte, pues ninguna otra se le podía atribuir, pero que tenía en mente llevar a cabo muchísimas. Ante esta respuesta, don Quijote replica que ahora entiende que nunca haya visto mención alguna a ese caballero en sus libros de caballerías, y que las hazañas imaginadas nada tienen de extraordinarias. Y añade sentencioso:

Y, si como decís, fue condenado por un gobierno de frente popular, y popular tanto quiere decir como pueblo, no le es permitido desfacer lo que el pueblo hizo, pues entiendo que el pueblo es la continuación de Dios mismo, y desa

suerte, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte; pero habiéndolo muerto quien lo mató, no hay sino calar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si a mí mismo me matara (134).

No queda aquí la respuesta de don Quijote, pues a continuación juzga que no es lugar El Escorial para enterrar a ese extraño de quien incluso duda que sea adecuado el nombre de “caballero”:

Y os aconsejaría, señor ordenado, que depositaseis esos huesos en otra ciudad cualesquiera, porque no ha muerto aún caballero, cuyas aventuras sean tan grandes, que sus huesos deban reposar al costado de los del Emperador Carlos I. Tanto más si ese caballero, y aún dudo en darle este nombre, mereció la muerte a juicio del pueblo, no sería extraño que fuese un mal encantador y embrujador dañino (134).

Poco a poco don Quijote va enardecándose, y se despide con amenaza perentoria de aquellos que siempre juzgó por satanes del infierno:

Seguid vuestro camino y dad gracias al cielo que no castigue más duramente vuestra osadía, y sabed que el daño estuvo en venir como veníades de noche, vestidos con aquellos sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejabades cosa mala y del otro mundo (134).

Esta recreación de Ontañón es inmejorable ejemplo de cómo el *Quijote* daba pie a una permanente instrumentalización política. En periodo de guerras su figura dio de sí y alcanzó su mayor permeabilidad ideológica. A partir de la independencia de los últimos enclaves ultramarinos su repertorio de lecturas fue a más en cada conflicto armado. Cuba, Puerto Rico y Filipinas significaron la espolada de una carrera política de enorme intensidad. Sirvió para debatir acerca de la gran guerra del catorce (Quintana, “Don Quijote en las trincheras”). La famosa revista *Cervantes*, que en el terreno literario osciló entre el modernismo y la vanguardia, se hará eco del aspecto quijotesco de la Gran Guerra. Al poco de declararse el conflicto se decantó aliadófila en el sentido de defensa de la civilización latina (Hispanoamérica, Francia, Italia, Portugal) frente a la germánica (Quintana, VI; véase Osuna, 28-53). En plena contienda, en abril de 1916, publicó André Suarès (1868-1948) su *Don*

Quijote en Francia. Y el redactor de la *Nouvelle Revue Française*, al parecer bastante conocido en España, establecía la comparación entre la lucha de los aliados y el héroe cervantino: “Don Quijote dirige nuestra batalla. Es él quien se lanza contra los molinos de viento de la ciencia y la barbarie, para libertar a Bélgica y a Serbia [*sic*], dos nobles hermanas arrastradas por los cabellos del suplicio” (Quintana, VI). Lo curioso es que si bien la imagen de don Quijote atacando a los molinos de viento sirvió para indicar la lucha contra Alemania, igualmente se usó para referirse a una lucha inútil contra el zar de Rusia. Esto queda claro cuando los partidos socialistas se dirigen el 29 de diciembre de 1916 —centenario de la muerte de Cervantes, no se olvide— en estos términos a los partidos burgueses: “Si continuáis combatiendo a este gobierno por medios legales, os parecéis a don Quijote, que luchaba contra molinos de viento. Actualmente, el deber cívico es desobedecer la ley” (Renouvin, 24; véase Bianchi).

Dejando al margen las lecturas regeneracionistas, krausistas, toda aquella interpretación de la obra cervantina con el telón de fondo de la España del 98, al margen de estas lecturas, la Guerra Civil, sin duda, es el gran escenario para que el *Quijote* despliegue su gran capacidad de polisemia política. Lo hará en la trinchera, en el libelo o en la palestra, allá donde sean necesarios el fervor y el ánimo. León Felipe es un muy notable ejemplo; hay, incluso, quien lo considera el mejor representante de la utilización beligerante de Cervantes y el *Quijote* (Mainer, *Moradores de Sansueña*, 47). El 11 de febrero de 1937 da una conferencia en Valencia, en la Casa de la Cultura, luego recogida en *Hora de España*, que es continuación de otra dada el 5 de febrero (Felipe, “Conferencia”, 11-22). Defiende en esta que la revolución mantiene en la España del 37 un sustrato religioso, aunque secularizado, rehumanizado y castellano, pues Castilla tiene de nuevo la palabra, no Roma. Ni en Roma ni en Moscú caben las recientes aspiraciones españolas. La esperanza, dice León Felipe, pasa por un Madrid que se defiende (21). Pero no toda la conferencia se publica en *Hora de España*, porque ese mismo día en *ABC* se recoge la noticia: “Universalidad y exaltación. Una maravillosa conferencia de León Felipe”, y en ella se incluyen nuevos pasajes. En su ferviente alegato, León Felipe califica a los frailes y sacristanes de amoladores de bayonetas y monopolizadores de Dios. En un lirismo enardecido muy de combate y primera línea, encuentra en la revolución un ansia de luz, de verdad y vida, atributos de la divinidad (Felipe,

“Universalidad y exaltación”, 13). Y don Quijote escapa hacia lo humano, lo ecuménico y trascendente. Busca salidas al mundo por los caminos del amor y la justicia (Felipe, “Universalidad y exaltación”, 13). Se ve que aquel mes de febrero de 1937 León Felipe andaba atareado en demasía, de arenga en artículo, de Madrid a Valencia. El 8 de ese mismo mes publica en el diario *El Sol* “Poesía integral. Don Quijote toma las armas”. Es una vuelta más de tuerca a su tono exacerbado, se radicaliza de lleno, se vuelve amenazador, menos lírico y algo más belicoso: “liquidar”, dice, es la palabra revolucionaria. Y don Quijote era, es y será hasta el último día de su vida el señor de la prole hispana que anda pidiendo ayuda y justicia por el mundo. Insiste en algo que ya había pronunciado en el Congreso de Ayuda a España que se celebró en París. Solicita de nuevo un rearme de don Quijote, lo que es lo mismo que recuperar para la izquierda el valor de la raza, y el de la historia, usurpadas a su parecer por el contrincante, y recuperar, sobre todo y al mismo tiempo, el romancero, el Cid, y don Quijote. En ese trasfondo literario de sus palabras se intuye también una urgencia de ayuda material, una necesidad de munición no solamente literaria y especulativa:

Los españoles agradecemos mucho vuestra caridad y esas hilas y bálsamos que nos mandáis para restañar las heridas de Don Quijote; pero lo agradeceríamos mucho más que le proporcionaseis una lanza nueva y un escudo moderno. Se lo proporcionaremos nosotros, porque hay que armar a Don Quijote. Y hay que armarlo bien. Hay que armarlo, cueste lo que cueste, para ahora y para después de la guerra, Porque nadie, nadie, en el mundo tiene tanto derecho a estar armado como este gran camarada del amor y de la justicia [...]. Don Quijote no es más que un camarada que ha intentado una aventura que a los hombres domésticos les parece una monstruosidad: la de darse por entero a buscar una forma de universalidad mediante el amor y la justicia, donde quepan todos los seres humanos. [...] Ahora bien, en este naufragio yo no veo más que una solución: armar a Don Quijote y acabar con los imbéciles, para que España vuelva a recobrar el juicio [...]. Los principios revolucionarios debemos apoyarlos en las fuerzas y en los valores ancestrales legítimos e indestructibles de nuestra raza, de nuestra historia y de nuestra personalidad. ¿Por qué hemos de dejarle la historia a los facciosos, si la historia de España, la noble historia de España es nuestra? La revolución no ha empezado ayer. La revolución, nuestra revolución popular, democrática, proletaria, anárquica y comunal, está implícita

en el romancero y más atrás todavía: en nuestras primeras gestas castellanas. Sí, sí, la noble historia de España es nuestra, y la épica también. El Cid y Don Quijote son nuestros (Felipe, 1937b; véanse Arias y Puche Gutiérrez).

Ramón Gaya diseñó el cartel del II Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura, conocido como el Congreso de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia Madrid y Barcelona en 1937.⁷ En el cartel de Gaya, detrás de un brazo estilizado que termina en una mano que escribe al lado de las banderas de Holanda, Estados Unidos, Reino Unido y la Unión Soviética, al fondo, tras la ventana abierta, un sol radiante ilumina la figura de don Quijote que se acerca. El día inaugural del Congreso, José Bergamín abre la mesa comparando a Hamlet con don Quijote. Hacía ya muchos años que Turguénev había hecho lo mismo, en 1860: comparar ambos personajes en beneficio del cervantino. Hamlet era la egolatría, el tormento existencial, la desconfianza y la indolencia. Don Quijote, por el contrario, representaba la fe y la lucha, la superación del interés propio, la generosidad contra el egoísmo, en definitiva.

Un año después de ese segundo congreso, y muy lejos de suelo español, el poeta bonaerense Raúl González Tuñón, conocido como “el pichón de Argentina”, escribe en su libro *Las puertas del fuego. Documentos de la guerra en España* un relato titulado “7 de noviembre”, fecha del primer asedio a Madrid. Fiel a su credo ideológico, González Tuñón elabora allí un cuadro de compromiso político e histórico. No es raro en periodos de guerra revivir personajes históricos que puedan valer de parangón moralizante de la esperanza política. A la madrileña plaza de Santa Ana acuden los más preclaros nombres de la cultura española. La nómina que elabora González Tuñón es un constante asombro: llegan a la plaza el autor del Cid, el marqués de Santillana, el arcipreste de Hita, Jorge Manrique, Fernando de Rojas, Garcilaso, ¡el anónimo

⁷ El 10-11 de mayo de 2017, la Universidad Complutense de Madrid organizó, bajo la coordinación de Niall Binns, las Jornadas Internacionales: “Una asamblea de quijotes, un batallón de voluntarios con gafas... El Congreso de escritores antifascistas, 80 años después (1937-2017)”. Puede verse un vídeo de 25 minutos de los participantes-simpatizantes de este congreso en <https://biblioteca.ucm.es/fll/jornadas-internacionales-una-asamblea-de-quijsotes,-un-batallon-de-voluntarios-con-gafas-el-congreso-de-escritores-antifascistas,-80-anos-despues-1937-2017>.

autor del Lazarillo!, fray Luis de León y fray Luis de Granada, santa Teresa, Quevedo, Góngora, Gracián, Lope acompañado de varios autores anónimos, Pedro Espinosa, Calderón, el conde de Villamediana, Velázquez, El Greco, Goya, Bécquer, Espronceda, Larra, Galdós, Ganivet, Valle-Inclán, que hizo “el saludo antifascista con la mano que le faltaba”... Un silencio repentino se impone ante la aparición de Lorca: “Estaba un poco pálido, pero sonrió a todos”. Santa Teresa le besó en la frente, “en la que se veía un agujero rojo”. En ese momento aparece, iluminador, don Quijote para conducir a los congregados hacia Argüelles, uno de los barrios más castigados de Madrid.⁸ La aviación azota el paseo de Rosales, y allí se dirige la comitiva tras los pasos del caballero:

Allí donde ellos se detenían, allí donde la lucha era más terrible, allí donde caían los bravos del pueblo, allí se hacía más fuerte Madrid.

Allí fue detenida la avalancha.

Y las sombras volvieron a su mundo de perfecta sombra (González Tuñón, 91-93; Binns, 59).

En plena Guerra Civil seguía gozando el libro de Cervantes de presencia oficialista en aquella cultura nada heroica, nada pasional, alejada de la trinchera y el canto sublime, de la vanguardia y la cruzada. Es muy conocida la historia de los nuevos juramentos de las Reales Academias en la ya intuida España victoriosa de 1938. La anécdota queda en los archivos más espesos y oscurecidos de la Historia: el 1 de enero se constituye una mesa para la reorganización de las Academias. Manuel de Falla es el presidente; Pedro Sainz Rodríguez, vicepresidente; Eugenio D’Ors, secretario perpetuo; Pedro Murguza, canciller; Vicente Castañeda, secretario de publicaciones; Miguel Artigas, bibliotecario; y Agustín G. de Amezúa, tesorero. El artífice de aquella mascarada, Eugenio D’Ors, compuso la fórmula del juramento que habían de prestar los académicos. Todos debían colocarse ante la mesa presidencial, “en la cual se encontrarán un ejemplar de los Santos Evangelios, con el texto

⁸ Entre las actividades organizadas en el II Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura (conocido como Congreso de Escritores Antifascistas) estaba la visita guiada al barrio de Argüelles. Alejo Carpentier, en una de sus cuatro crónicas de “España bajo las bombas” (1937) comentaba la visita que hizo con Neruda, Vallejo, Octavio Paz y otros a Argüelles y al paseo de Rosales (Alejo Carpentier, “España bajo las bombas”).

de la Vulgata, bajo cubierta ornada con la señal de la Cruz y un ejemplar del *Don Quijote de la Mancha* con cubierta ornada con el blasón del Yugo y las Flechas”. Los académicos debían posar la mano derecha sobre los Evangelios para oír el juramento: “Señor Académico: ¿Juráis en Dios y en vuestro Ángel Custodio servir perpetua y lealmente al de España, bajo Imperio y norma de Tradición viva; en su catolicidad, que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad representada por el Caudillo, Salvador de nuestro pueblo?”.⁹ Pío Baroja, al ser interpelado con “usted jura o promete”, contestó: “yo lo que me manden” (Garosci, 421; Rodríguez Puértolas, 445-446).

Una vez acabada la guerra, el falangista Francisco Javier Conde García escribía en 1941 un ensayo sobre el sentido del *Quijote* a la luz de la fenomenología de Heidegger, y se preguntaba allí: “¿Qué perspectiva deberá tomar hoy quien pretenda meditar sobre el *Quijote*, orientando su meditación hacia el horizonte político?”.¹⁰ Es una gran pregunta que requiere una paciencia no siempre fácil en tiempos de posguerra. Las respuestas varían muchísimo con la victoria en la mano, también con la derrota. La guerra es un referente y ha llegado el momento de revisar su andamiaje doctrinal. El régimen no permite cualquier conducta, y toda señal de abatimiento es, o puede ser, motivo de sospecha. Ángel Álvarez de Miranda, fundador de la revista *Alférez*, renegaba del Cervantes escoliasta del desaliento, escéptico y prevenido:

Pues bien: nos toca ahora, a los del 36 y a los otros hermanos, acarrear nuestra brazada de mirto nuevo ante Cervantes. La depositaremos toda ante el joven Miguel, que puede ser, como el Alférez, patrono nuestro. El otro, el genial, el sabio, el viejo autor del *Quijote*, tan cercado de diáconos turiferantes, tiene nuestra veneración, como los barbados patriarcas, aunque, al igual que ellos, no pueda ser nuestro patrono. Nadie se escandalizará, pues esta gente nueva, la que aprendió geografía nacional andándola mochila al hombro, no puede llevar en ella el *Quijote* a modo de breviario; hay en él mucha experiencia

⁹ Sevillano Calero, 53. La misma anécdota en Garosci, 29.

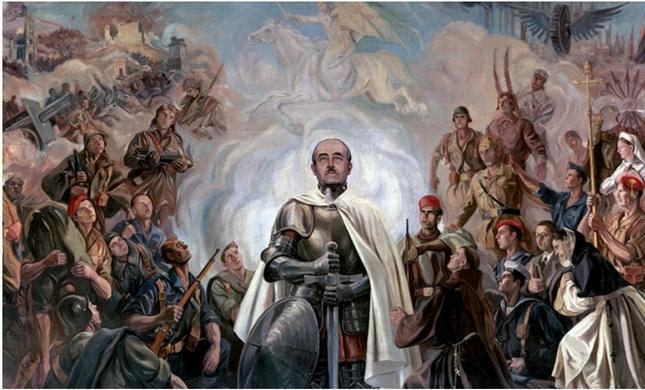
¹⁰ A Conde García le contestó José María Doussinague con su artículo “Diplomacia y quijotismo”; no hay, para él, posibilidad del idealismo que representa don Quijote; el Nuevo Estado debe dejar de lado literatura e idealizaciones. Véase, de su tesis doctoral, el capítulo de Iáñez Parejo “La política española ante el Nuevo Orden: quijotismo, maquiavelismo y prudencialismo”, 516-522.

de lo humano, mucha moral sabiduría, mucho humor resignado, mucho escepticismo manso y senescente. Que nos envejezca la vida, no la literatura. Que nos envejezca la historia, esa historia que empezamos a forjar en el año 1936, con toda esta tarea hispánica que ya nos gravita dichosamente sobre el hombro. Entretanto, necesitamos precisamente las virtudes del mozo de Lepanto y Argel: aguante y valentía, la esperanza, la fe y la caridad, que además son virtudes teologales. Respecto del *Quijote* poco hemos de decir: somos la primera generación española que ha podido leerlo en un paisaje inusitado: en las calientes trincheras de España, en las frías de Rusia, en las milicias de los campamentos. ¿Quién nos puede negar autoridad si afirmamos que no hemos hallado en él nuestro breviario, que pesa demasiado en la mochila? (Álvarez de Miranda, 1).

Se trata, sobre todo, de buscar una continuidad a la alegría de la victoria, de rechazar cualquier asomo de desánimo. El aguerrido soldado de Lepanto y el preso en constante atisbo de fuga, ese es el Cervantes que ha de ponderar todo aquel que vea en la victoria el símbolo de sus días. Con suma frecuencia Cervantes fue motivo de exégesis militar, pues el vínculo entre armas y letras facilitaba todo tipo de ardor guerrero. Al fin y al cabo, era un mutilado de guerra, hecho que a muchos les sirvió de distintivo de lo correcto. Con el fragor de la guerra aún en el eco, Luis de Armiñán Odriozola publica *Hoja de servicios del soldado Miguel de Cervantes*, y en 1947 la revista *Ejército* dedica un monográfico extraordinario a Cervantes.¹¹ Son ejemplos que dicen bien de una muy extendida demanda de este tipo de glosa marcial y triunfadora. Pero pasan los años y la exaltación bélica atenúa su retórica. Es el momento de nuevas lides, es la hora de hacer frente intelectual a aquellos que se llevaron al exilio una España que exige otro modo de contienda. Los intelectuales reciben ahora la mayor acometida desde todos los flancos posibles. Lo que enoja de don Quijote es que a su alrededor se apiñen “sabihondos y artísticos” (Eyzaguirre, 5), que se insista en su carácter erasmista y reformador como se quejaban José María Pemán

¹¹ No es fácil creer el colofón de Armiñán Odriozola, escrito ya en la satisfacción del triunfo: “Este libro fue pensado y escrito en los años 1931-32 y 33, antes de la gloriosa cruzada de España. Sus ideas y sus propósitos son los que eran, sin que la victoria haya influido en su tendencia genuinamente española”.

o el padre Félix García,¹² que sea motivo de recurso político de los enemigos de España. Se arremetió sin freno contra la Institución Libre de Enseñanza, contra el Ateneo de Madrid, contra la *Revista de Occidente* de Ortega o *Cruz y Raya* de Bergamín. Incluso la generación del 98 recibió a veces la denuncia de antipatriótica. Y por encima de todo, duro castigo a esa actitud asociada a la izquierda de elogio de la cultura foránea en detrimento de la propia. Francisco Franco, en un discurso pronunciado en Radio Castilla de Burgos, arremetía contra los intelectuales equivocados: “No se trata, por tanto, de invocar una situación que justifique nuestra decisión. Lo que es nacional no precisa razonamiento. España, y al invocar este nombre, lo hago con toda la emoción de mi alma, sufría la mediatización más nociva de algunos intelectuales equivocados, que tenían un concepto demoledor” (Palomar Baró, s.p.).



Arturo Reque Meruvia, “Kemer”, *Alegoría de Franco y la Cruzada*, 1948-1949.

¹² Pemán, “‘La armazón de caallería’ de don Quijote. Apuntes sobre el capítulo III de la primera parte”. También Pemán en “La cuarta y definitiva salida de don Quijote por el mundo”. Félix García decía: “¿Dónde está el reticente, el resentido erasmiano, hostil al dogma y a las prácticas y devociones de la religión?” (Félix García, 56). José García Escudero ahondaba en el tema: “El peligro del erasmismo es el peligro del análisis excesivo, y luego, ante sus consecuencias, de las indecisiones, de las concesiones temerarias para pacificar los espíritus, de contentarse con enjalbegar las paredes cuando hace falta levantarlas de nuevo, de conformarse con un gris sucio, porque espanta el negro y falta valor para escoger el blanco” (García Escudero, 5).

Tocaba en aquella hora encarar asuntos pendientes, pero jamás poner en mínima duda la excelencia de la España vencedora. El antiguo requeté Álvarez de Miranda poco a poco va alistándose a cierta corriente de pensamiento defendida y aireada por Laín Entralgo. Un año después de ese artículo en el que reclama Álvarez de Miranda un Cervantes jovial y enterizo, ajeno a cualquier desánimo, Florentino Pérez Embid, hombre de estricta convicción religiosa y casi oficial antagonista de Laín Entralgo, reniega de cierta visión del *Quijote* asociada a ese racionalismo que enojaba al dictador Franco. Corre el año de 1949 y la cuestión de fondo abarca la decadencia moral de Europa surgida por “el materialismo soviético —o el existencialismo, angustiante o desmelenado”—, eslabones últimos del proceso destructor del orden cristiano que Pérez Embid atribuye a la Edad Moderna (148). Y ahí entra de lleno la lectura trascendental que se hizo del *Quijote* y de la tradición literaria castellana a fines de siglo XIX y primeros años del XX:

Nosotros, los hombres que ahora llegamos a la vida de España, no nos tenemos ya por “nietos del 98”, ni cronológica ni ideológicamente [...]. Aquella generación [...] tiene para nosotros, si acaso, un valor de contraste. El mito de la España posible y sus más típicas facetas (supervaloración retórica de lo castellano, del quijotismo, “un tradicionalismo primitivo medieval”, futuro de España soñado como magna aventura universal del hombre quijotizado) no encuentra ya en los españoles jóvenes el eco ingenuo que tuvo en quienes al fin y al cabo venían aún de un mundo romántico. Por fortuna o para dificultad, no creo que a nosotros se nos olvide nunca que la primera salida de Don Quijote nos llevó a Westfalia. Creo que —como ha apuntado recientemente Jaime Vicens— son dos los rasgos decisivos de nuestra actitud ante el problema de España: superación del complejo de inferioridad que inician los españoles tundidos por la realidad de la derrota de 1648, y definitivo ajenamiento de las ideas que rigen el mundo liberal constituido fundamentalmente a partir de la revolución europea de 1948. Con este doble punto de partida, nos hallamos ante la exigencia de continuar la historia española.¹³

Hay en sus palabras claves fundamentales: no se reconoce nieto del 98, don Quijote condujo a la Paz de Westfalia y, de acuerdo a Vicens Vives, es

¹³ Pérez Embid, “Ante la nueva actualidad del problema de España”; luego en *Ambiciones*, 114-115.

hora de superar viejos complejos. Es verdad que se trata de una controversia entre españoles vencedores, pero con un horizonte intelectual de mucho mayor alcance. Como decía Laín Entralgo, “el problema de España había llegado a la vida cotidiana. Tres, cuatro Españas distintas eran posibles y podían ser efectivas de un año a otro” (Laín Entralgo, 130). Porque ese es el contexto, el de la conocida disputa entre Laín y Calvo Serer. Ambos concitan en 1949 una polémica nacional que tendrá repercusiones en todos los niveles de la vida pública española. *España como problema* será la propuesta de Laín a la que se enfrenta Calvo Serer con su *España sin problema*. El movimiento “westfaliano” recibe este nombre porque sus miembros se negaron unánimemente a encontrar en la derrota de 1648 ningún desfallecimiento en la defensa española de los valores católicos universales. Con el Tratado de Westfalia de 1648 España pierde definitivamente su preeminencia política en Europa, pero no para muchos la misión a la que fue destinada. El monárquico tradicionalista Pérez Embid se decantó decididamente por la posición de Calvo Serer y llegó a convertirse en cabecilla de los ataques contra Laín (Raja i Vich, 312). Cansado de la imagen de España que desde el 98 había recorrido la intelectualidad del país, Pérez Embid encara la Paz de Westfalia no como momento de decadencia o de derrota, sino como un paso más en la resistencia que los españoles habían ofrecido a la Modernidad. Aquí está el sentido último de toda su filosofía política: el pasado entendido como resistencia, nunca como conflicto. No hay, pues, motivo de lamento, antes todo lo contrario, pues es llegada la hora de celebrar la coherencia moral de España. El nombre “westfalianos” se debe, como es sabido, al historiador catalán Jaume Vicens Vives, quien así nombró a quienes consideraba representantes de una nueva manera de hacer historia (Raja i Vich, 311-312). Grupo que gira alrededor de la revista *Arbor* y que recibe también la denominación de “generación del 48”. En aquel año, centenario de la revolución de 1848, una nueva generación de ensayistas, muchos vinculados al Opus Dei, entraba en liza para un remozado intento de conquista moral de España, uno más entre ya una larga nómina de agotados proyectos. Tradicionalistas de gran apego a Menéndez Pelayo trazan un proyecto, intelectual y político, de restauración de la monarquía, pero siempre, siempre, con acentuado hincapié en los valores de la victoria del 39.

Pérez Embid ya había atacado en *Arbor*, en un artículo llamado “Ante la nueva actualidad del Problema de España” (sept-oct 1949), a la gene-

ración que llama los “nietos del 98”. Acepta allí hablar de europeizar los medios, pero manteniendo lo bueno, lo positivo español. Es decir, fuera complejos, fuera el don Quijote que pasea por el mundo la imagen de una España que no es sino un “problema”. Pérez Embid no cree que el idealismo quijotesco de Castilla sea solución para el materialismo histórico de Marx. Ese ideal tiene un desenlace lógico, el desenlace de unas fechas doblemente centenarias en aquel año de 1948: Westfalia (1648) y el Tratado de París (1898).¹⁴ La difusión de la retórica de lo castellano y la visión trascendente del *Quijote* han sido, en su opinión, tristes inventos de la generación del 98. El *Quijote*, pues, debe ser purgado y devuelto a una alegría y orgullo de ser español ante el mundo. Es una labor similar a la que años antes había emprendido León Felipe: reclamar para sí la obra de Cervantes, limpia de resabios enemigos, lista para la alianza y confraternidad política.

¹⁴ Pérez Embid, “Sobre lo castellano y España”; luego en *Ambiciones*, 143.